

ARTES PLASTICAS

LA PINTURA ABSTRACTA

Por Juan SORIANO

V OY A HABLARLES de la pintura abstracta.

La pintura abstracta comenzó a principios de este siglo. Nació como consecuencia del impresionismo, el fauvismo y el cubismo. Sus iniciadores fueron: Kandinsky, Malevitch, Sofiateuber, Arp, Marinetti, Peusner, Boccioni, Balla, Larinov, Natalia Gontocharova, Mondrian, Klee y muchos otros. Más bien ha sido una invención de la época, una necesidad de cambiar el arte de la pintura.

La pintura abstracta, ha tenido muchos nombres: se ha llamado Rayonismo, Futurismo, Constructivismo, Concretismo, etcétera, pero, aunque evidentemente es la forma de expresión de la época, ésta no sabe verla, y en el fondo, no quiere verla; porque para ver la pintura es necesaria una concentración, una especie de tensión que tiene que crear el que la ve, con su esfuerzo.

Los colores y las formas, por sí solos, no producen ninguna sensación en el espectador; tiene éste que relacionarlos con la representación de algún objeto familiar. Claro que así ha sido la pintura por muchos años; y llenaba una función; pero llegó el momento en que no le bastó al artista con hacer del cuadro una máscara de la realidad; quiso hacer la realidad misma.

La pintura abstracta no habla a los buenos sentimientos del espectador, ni a su sensualidad. Está dirigida a su inteligencia: transforma el instinto en intuición, la rebeldía en libertad, la violencia en lirismo.

La pintura abstracta es un estilo, como lo fue el estilo gótico, o el estilo neoclásico, o el barroco, es el estilo en el que casi todos los pintores del mundo actual crean sus obras.

Nadie quiere pintar ahora un bello espectáculo; todos quieren mostrar la obra desnuda, en su orden propio.

Pintar un cuadro abstracto es algo tan emocionante como tocar un corazón rojo y palpitante, midiendo el tiempo con sus latidos, como un reloj en marcha eterna. Es una aventura magnífica que ha permitido saber que el azul es formidable, sin necesidad de que represente el cielo o los ojos azules de alguna belleza famosa.

Para seguir esta aventura necesitamos romper con todos los cánones anteriores. Para comprender la pintura abstracta hay que ser rebelde, frenético, aventurero. Hay que detestar a la sociedad, a los jueces; desconfiar del Estado, de la familia, de las religiones; comprender que la ciencia es poesía y tratar de nombrar con mil nombres las mil realidades que percibimos; mil nombres al menos para cada cosa, para cada sensación, para cada revelación. Ni uno menos de mil.

Y el que logre esto, romperá los límites que la educación le ha dado, disfrutará del mundo y de su entera persona. El Universo, con lo bueno y con lo malo, formará para él una sola visión armóni-

ca; será tan creador el que contemple el cuadro como el que lo pinte.

Pero esto es muy difícil de lograr. Las bondades de melodrama —con tema social—, las ideas de nacionalidad y raza, nos han hecho jurar fidelidades imposibles. Las apariencias nos han aprisionado y nos hemos vuelto rutinarios y superficiales. Los prejuicios nos inmovilizan. No nos dejan ser tal como somos.

Cuando nos acercamos al arte de la pintura, lo hacemos como si tuviéramos que dar un juicio crítico. Antes de ver, estamos tratando de juzgar. Nunca vemos la pintura en sí misma; siempre decimos: ¿Qué es? ¿Qué quiere ser? ¿Qué representa? Somos, en pintura, más conservadores que en ningún otro arte; cualquier imagen nueva nos asusta, nos intranquiliza; nos enfrenta con algo del mundo que no habíamos sospechado.

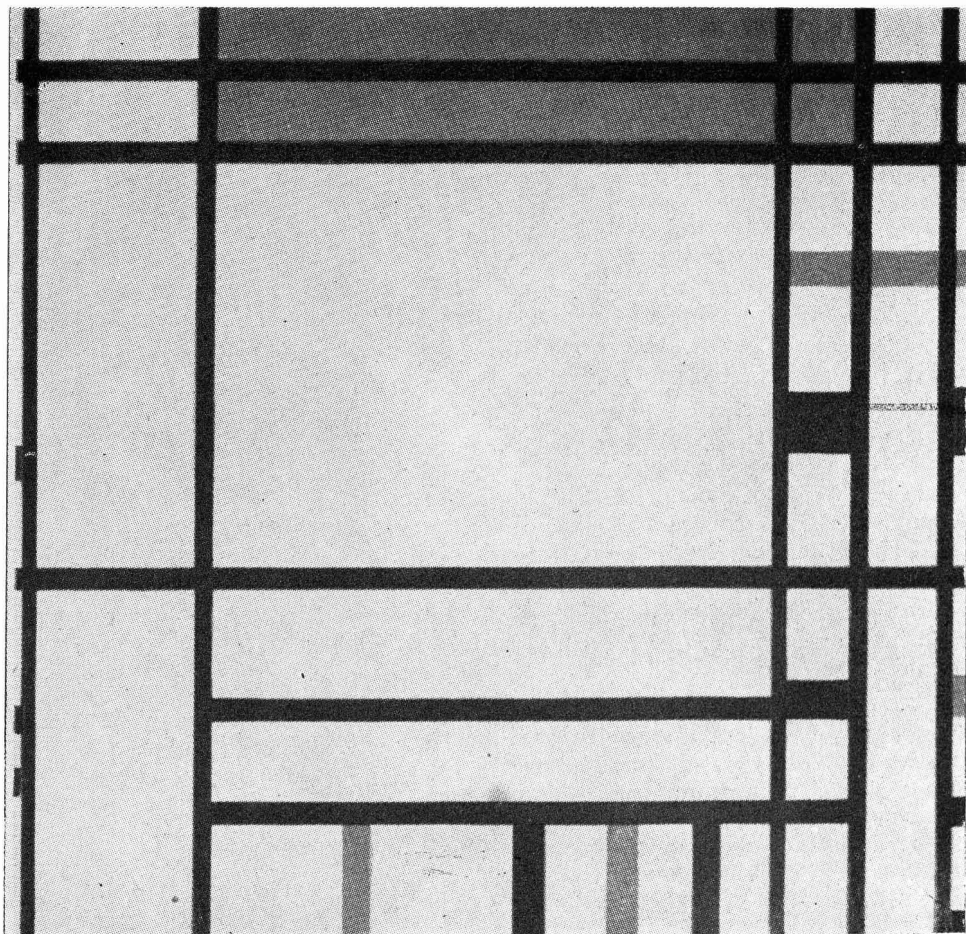
Un cuadro es un objeto lleno de espíritu, que vive como una criatura natural, como una planta. Es un algo completo en sí mismo, alucinante y transparente, oscuro y luminoso, en que se manifiesta un orden implacable como el de los astros, pero cuyas leyes desconocemos y quizá sean las de la libertad.

Hablo de esa libertad que sólo los genios son capaces de asumir, de esa libertad que hace pintar a los niños, de esa libertad que lleva al acto amoroso de comunión. Por eso, ese susto y esa intranquilidad, hacen que la mayoría desvíe sus ojos y su mente del cuadro hacia las his-

torias más o menos lúgubres de las desdichas que los pintores padecieron; se conmueve más con la oreja cortada de Van Gogh que con el amarillo de sus flores. El prestigio de los desastres es todavía muy grande: se admira la catástrofe.

Quien quiera disfrutar o participar de la pintura debe levantarse, moverse, hacer peregrinaciones, estudiar los signos, olvidar los nombres de los pintores para siempre, y los precios que han alcanzado sus cuadros. No es una casualidad que, al referirnos a las obras maestras, digamos: *El entierro del Conde de Orgaz*, *Las Meninas*, *El Juicio Final*, *La Gioconda*, *La Fornarina*, olvidando el nombre del autor ante la imperativa presencia de la obra, que sigue viva, mientras que el autor se va convirtiendo poco a poco en leyenda, hasta desaparecer por completo como el de la Victoria de Samotracia, la Venus de Milo o las Cuevas de Altamira, o hasta confundirse y fundirse en la obra misma, como Cervantes en su Quijote.

Comprenderán, por todo lo que acabo de decir, que no voy a mostrarles reproducciones, ni a leerles catálogos, ni a contarles las penurias morales y físicas, o los éxitos y las ventas fabulosas de los maestros contemporáneos que hacen pintura abstracta. Todo eso es inútil. Yo no podría servirles de intermediario o *cicerone* ante ninguna pintura. Son ustedes mismos los que tienen que molestarse y destruir la superstición de que pueden participar de un mundo de elegidos sin el gran esfuerzo necesario para llegar a él. Tienen que establecer el diálogo directo con el cuadro, un diálogo silencioso, sin palabras. Y así, el cuadro suscitará algo particular en cada uno. Sólo ustedes pueden interpretar la pintura, mejor dicho, sentirla, sufrirla, rechazarla o, mejor todavía, inventarla.



Mondrian.—La Plaza de la Concordia "mostrar la obra desnuda en su orden propio"